

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Escepticismo, por D. Juan Nepomuceno Blasco.—**Conclusion**.—**La Religion**, por D. Angel Lasso de la Vega.—**Poema**.—**Conclusion**.—**Una palabra sobre la indigencia**, por D. F. H. de Mendoza.—**Festejos en Torremolinos y funcion en el Teatro**, por Pepe.—**Enigma**.—**Geroglífico**.—**Correspondencia**.—**Erratas**.

ESCEPTICISMO.

(CONCLUSION.)

La ciencia, no la ciencia muerta, sino la viva; no la atea, sino la religiosa; no la escéptica, sino la que está animada, movida y dirigida por todas las creencias fundamentales de la fé; que comienza considerando á Dios como manantial de toda verdad, prueba de toda evidencia, fundamento de toda certidumbre y base de toda autoridad; esa ciencia que siente en sí misma lo infinito y no lo aculta, es la ciencia del progreso racional, es la única y la verdadera ciencia. Pero hay otra ciencia ficticia, tambien moderna, que falsifica todos los medios de la verdadera ciencia, y he aqui la lucha continua de la sociedad. El falso, saber desorganizador impio, se apodera de la juventud y lisongeando sus pasiones de fuego, le aconseja dudar de todo para salir de la duda. ¡Doctrina singular, que semejante á la de Pirron, halla sin embargo prosélitos en el siglo de las paradojas y anomalías! ¿Y cuales son las consecuencias del moderno escepticismo? Esa muerte del patriotismo, precisamente cuando se pondera como la virtud por excelencia, siendo así que solo ha venido á ser una especie de furor ciego, un orgullo disfrazado, una ambición sin límites; ese egoismo reconcentrado en abierta pugna con la abnegacion cristiana, la cual es el sacrificio de sí mismo en las aras de la ley, del deber y de la justicia; esa ansia desenfrenada por los goces materiales, que todo lo atropella, que ha deificado el oro, ofreciéndole en sacrilego holocausto la honra, el pudor y las

mas santas afecciones; esa estudiada filantropía, que no cabiendo mas que en una moral sin objeto, precisamente ha de separarse de la religion, sancionando entre otras cosas que son indivisibles, una fementida independencia, cuyos resultados no pueden ser otros que la relajacion de los vínculos sociales, el desprecio de la virtud y una idea errónea de la sabiduría, de la verdadera sabiduría, que es imposible resida en un alma inclinada á hacer el mal, ni en un cuerpo sujeto al pecado.

¿Y no es verdad que en la generacion presente hay que lamentar el germen de todos estos males? ¿Cual es sinó la causa del trastorno que nos amenaza? Seamos francos. La verdadera ciencia venció al fanatismo religioso; el falso saber le substituyó el fanatismo político, el fanatismo de la impiedad, la indiferencia religiosa, el escepticismo. Los que creyeron servir al pueblo se engañaron; los que pretenden ilustrar á la juventud la seducen! Y aun se desea comunicar á las masas populares ese estado de duda permanente y sistemática! Por fortuna tal proyecto es un delirio, por que delirio es formar un pueblo de pretendidos filósofos; pero el mal es sin embargo gravísimo, porque esa ciega impiedad, que toma el nombre de ilustracion y saber, se vá infiltrando poco á poco en las últimas clases de la sociedad y las emancipa de la única ley que manda en el fuero interno. Reformadores del género humano, ahí teneis al artesano laborioso y feliz, despojadle de sus creencias religiosas y tradicionales; substituid á la moral sencilla que dirige su conducta, ese sistema de dudas que llamais ilustracion; haced que deje la hazada y el escoplo para pensar sobre *las ruinas de los imperios*; despreocupadlo, segun vuestra espresion, y el mundo cambió de aspecto á su vista. El rico no es ya su hermano, es su enemigo; cualquier gobierno constituido es el tirano de la sociedad, y la sociedad entera una sangrienta lucha, la opresion del fuerte sobre el débil. ¿Qué instituciones humanas bastarán entonces para reprimir la osada ignorancia del que duda de todo y nada espera?

La fé no es solamente un medio de gobernar bien, es el principio vital de la sociedad humana, y las páginas mas sangrientas de la historia comprueban esta verdad de todos los si-

glos. Ved sinó á Maximiliano Robespierres sentado en el trono de sangre, que decreta el reconocimiento del Sér Supremo y la inmortalidad del alma; repasad su largo relato en la convencion sobre los medios de restablecer la moral, sus alardes de fé y de piedad. Considerad á la democracia frenética de aquella época, que despues de cubrir al mundo de asolacion y ruina, viene á depositar el puñal homicida al pie de los altares. Hombres que teneis en vuestras manos el destino de los pueblos, velad sobre el escepticismo; aplicad el remedio conveniente á la llaga de la sociedad; declarad crimen horrendo el espíritu de proselitismo en materias de religion; preservad á la juventud, esperanza de la generacion actual, del veneno de la impiedad que la asesina. Ministros del santuario, apóstoles de la verdad, dirigíos á vuestros hermanos, á los que yacen sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y para conducir sus pasos en el camino de la paz, enseñadles con vuestras exhortaciones, y mas aun con vuestro ejemplo, que no hay moralidad donde no hay fé y religion; que sus acciones podrán ser físicamente buenas, pero no moralmente buenas, sino se refieren al verdadero y necesario fin que reconoce la razon, esplica la revelacion y adora la piedad con un culto sensible y determinado. Maestros de la ciencia y del consejo, Dios es el principio de toda certidumbre y de todos los conocimientos humanos. Imitando á Platon entre los antiguos y á Descartes, Vico, Malebranche, Leibnitz entre los modernos, empezad por Dios para explicar al hombre. Partiendo de esta base eterna é indestructible, haced ver á vuestros discípulos que sin ella «lejos de poder explicar uno solo de los enigmas que por do quier les rodean, llegarán ellos á ser un enigma insoluble á sus propios ojos, sin acertar á comprenderse á sí mismos, ni saber donde se hallan, ni á que han venido á la tierra y por consiguiente sin saber á donde van, quedando reducida toda su sabiduría á estas palabras tan tristes como horribles de Sócrates: *de nada estoy cierto, nada absolutamente sé, nada, salvo una cosa, y es que nada sé;* y el último término de su razon será el escepticismo absoluto y universal, la negacion de su razon y de sí propios. (Ráulica). Jóvenes ilustrados y caritativos, que llevados de una aficion que tanto os honra, os reunís bajo la enseña del amor cristiano para cultivar los conocimientos de las ciencias, de las letras y las artes, consagrando el producto de vuestros asíduos trabajos al alivio de la humanidad doliente y menesterosa, difundid y propagad tambien entre ella estos principios tan distantes de la preocupacion, del fanatismo, de la intolerancia, como deben estarlo de la impiedad, de la irreligion y del escepticismo. Que la razon con su luz divina, y la ciencia con sus indeclinables principios os sirvan de guia en el curso de las tareas que ha-

beis emprendido con un objeto tan noble, tan recomendable y tan desinteresado. Escudados con la rectitud de intencion que os mueve, y sintetor á una crítica de interés y parcialidad, no vacileis en comunicar modestamente vuestras ideas, que este debe ser el primer fruto de las asociaciones literarias y periodísticas, producir el desarrollo de las facultades intelectuales y avivar el ejercicio del pensamiento, atributo celestial con que la Divinidad nos ha ennoblecido para justificarnos y arrancarnos por el placer de la contemplacion de las delicias groseras de los sentidos, hacia las cuales nos abaten continuamente las necesidades físicas. La juventud malagueña necesita vuestro ejemplo, no se lo esquivéis. Conservad en vuestra memoria lo que os digo al principio: la juventud no es escéptica, pero puede hacerse impia cuando se la extravía en los primeros senderos del saber, cuando sin buen criterio y recta guia se entrega temerariamente á toda clase de estudios, habla de todo, discute sobre todo, no respetando siquiera lo que está vedado á su limitada preparacion. Contribuyamos todos, segun nuestras fuerzas, pero animados de unos mismos deseos, á los adelantos de la instruccion pública, pues su falta, bien lo sabeis, es el gran mal que lamentamos, y su progreso racional y bien ordenado el progreso indefectible de nuestra sociedad. Que los lectores de este sencillo artículo hagan á su autor la justicia de creer que cuanto acaba de manifestar no son vanas declamaciones, sino el íntimo convencimiento de un alma que ama la verdad, y convengan con él, cualesquiera que sean sus ideas y el juicio que hayan formado de quien las espone, en que el escepticismo es el solisma del espíritu infernal que sedujo al primer hombre: escepticismo es impiedad, es revolucion, es ignorancia, es retroceso, es anarquía.

JUAN NEPOMUCENO BLASCO.

LA RELIGION. .

(CONCLUSION.)

XXXIX.

Su influjo, pues, la Religion imprime del ser humano en las creaciones bellas, y así el destello de su luz sublime vivo y eterno resplandece en ellas: nunca temais que la impiedad se anime en su ciego rencor por deshacellas; hijas de aquella inspiracion que nace de la fé y la virtud, ¿quien las deshace?

XL.

No bien la luz del Evangelio brilla,
del árbol de la cruz fruto fecundo
al hombre produciendo la semilla,
cambia la faz del pervertido mundo.
Ya conserva el mortal su fé sencilla
del limpio corazon en lo profundo
que, en grata dicha y en sabrosa calma
perfuma la virtud, que es flor del alma

XLI.

Ya la mujer que en servidumbre yace
eleva sin temor la faz hermosa;
en halagarla el hombre se complace,
no es su sierva infeliz, sino su esposa:
ya la cristiana caridad deshace
de esclavitud el vínculo, amorosa;
porqué siervos, magnates, soberanos,
trueca en su dulce persuacion hermanos.

XLII.

La fé cristiana al corazon ya alienta
que incrédulo vacila, y lo contiene
cuando arrastrado á la pasion violenta
su mal el mismo á ocasionarse viene:
con sus fúlgidos rayos amedrenta
al rebelado arcángel que previene
la acechanza falaz y que iracundo
en los senos se abisma del Profundo.

XLIII.

De la vida no bien el ser humano
penetra en el umbral, madre amorosa
le tiende, pues, la Religion su mano
para cruzar su senda procelosa.
—«Mira al hombre, le dice, ese es tu hermano;
como á tí le amarás» — ¡Máxima hermosa,
precepto dulce al corazon y tierno;
de la paz y del bien principio eterno!

XLIV.

—«La Fé te aliente y la Esperanza» — añade;
y un ángel puro guardador le envia
que de los riesgos por dó quier lo evade
y es en su senda su constante guía:
y en sus postreros años cuando invade
ya los dominios de la Muerte umbria,
cuando á su fiero golpe no resiste,
junto á su lecho fúnebre le asiste.

XLV.

Infúndele valor, cierra sus ojos
y con preces despues guarda en la tierra
desprendidos del alma, sus despojos:
cuando la losa de su tumba cierra,
de los siglos arrostra los enojos
la cruz que un grato pensamiento encierra:
guardar su sueño y de su rauda historia
mas allá del sepulcro la memoria.

XLVI.

¿Sabeis donde mejor dulce reside
la ecelsa Religion? En la familia:
Ella los goces del hogar preside
en la fiesta, el trabajo, en la vigilia:
hace que el odio y el rencor se olvide
y con fraternos lazos reconcilia;
es su todo, su ser, es su ecsistencia,
y hasta su nombre es vano con su ausencia.

XLVII.

Pálido espéctro descarnado y triste
llama á su puerta y se introduce umbrio,
su macilento ser de harapos viste:
es la Miseria que con gozo impio.
á las angustias del dolor asiste,
á las del hambre, la indigencia, el frio...
¿Sucumbirá, oh Dios? ¡Vanos recelos!
¡La Religion mirad con sus consuelos.



XLVIII.

Tú la madre infelice, no te aflijas
de tu huésped fatal en la presencia;
la Fé y la Caridad hermosas hijas
de los cielos, vendrán en tu asistencia.
Las amarguras del pesar prolijas
el infausto revés, la triste ausencia,
aliviara la nítida Esperanza
virtud que al mundo sus fulgores lanza.

XLIX.

Huésped mas torvo en el umbral se advierte
del pacífico hogar dó el gozo mora;
acude por su víctima; es la Muerte
que su segur esgrime destructora:
¡en fúnebre morada se convierte
aquella tan feliz! el deudo llora...
mas ved la Religion: templa su duelo,
su lloro enjuga y le señala al cielo.

L.

Hasta al suplicio al criminal que huye
de sus santos preceptos, le acompaña;
á su furor la calma sustituye,
con su consuelo el corazón le baña:
y cuando el golpe vengador concluye
su existencia infeliz que al mundo daña,
al recibir su compasivo abrazo
con el perdón descansa en su regazo.

LI.

¡Hay del que escusa en su delirio insano
los consuelos que próspera concede,
y alzando contra sí su misma mano
ciego la vida soportar no puede:
piensa que todo lenitivo es vano
al fiero mal que á su valor escude,
é insensato se aparta y homicida
de quien le ofrece salvación y vida.

LII.

¡Gloria á tí, Religion! ¡gloria á tu nombre!
Tú de la flaca humanidad amparo,
eres, su vida al recorrer el hombre
por azaroso mar, luciente faro:
¿Quién sin que al mundo con su audacia asombre,
negará de tu Gracia el don preclaro?
A existir... en tu auxilio te apareces;
puerto de abrigo en su naufragio ofreces.

LIII.

¿Porqué el mísero ser soberbecido
tu ley sacude de ignorancia lleno,
cruza la senda del error perdido?
Porque es tu ley de sus pasiones freno.
¿Por qué osado heresiarca descreído
prueba á rasgar tu cariñoso seno?
Porque en su orgullo analizar pretende
tu sublime verdad que no comprende.

LIV.

¡Oh santa Religion! santa doctrina,
luz salvadora del linage humano;
la que del orbe en la total ruina
conservará su brillo soberano;
tú á quien la frente coronada inclina
el que un reino avasalla con su mano;
de la justicia el astro refulgente;
tú la dulce esperanza del creyente;

LV.

¡Gloria á tí! ¡gloria á tí! Del mundo entero
himnos recibe de alabanza tierna!
Piedad clamando en el desastre fiero
¿á quién sino á tí solo se prosterna?
¡Ay mísero del hombre que altanero
no reconoce tu verdad eterna
con su mezquina comprensión: él mismo
no vé ciego á sus pies profundo abismo.

LVI.

¡Salve, perenne manantial copioso
de exelsa inspiracion, única y santa,
que esta vez á mi acento temeroso,
sinó sublime, con fervor levanta!
¡Oh cuan feliz si en el asunto hermoso
que escaso de saber mi númen canta
otros dones tuviera, y dignamente
ensalzara tu gloria omnipotente!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

Madrid.

UNA PALABRA

sobre

LA INDIGENCIA.

I.

Empecemos por reconocer un hecho.

Dios ha permitido y permite que haya pobres é indigentes.

No puede menos de ser así.

El hombre aunque sea rico puede arruinarse por efectos de una desgracia, por su imprevision, por ignorancia en el manejo de sus bienes, por sus vicios ó por otras causas. Puede tambien nacer en la miseria, hallarse impedido, demente, inútil para el trabajo por su decrepitud, ó por otras circunstancias.

Es, pues, inevitable, como decimos, que en la sociedad haya pobres é indigentes.

Por eso, sin duda, Dios, ese portentoso Creador, ese poder infinito, ese sublime artista de la naturaleza, en su alta sabiduría permitió que existieran, á fin de que ejerciésemos con ellos la noble y simpár virtud de la caridad, ó sea la beneficencia práctica. La virtud máxima, según San Pablo, la virtud que tanto encarecía San Juan durante sus peregrinaciones en Asia. La virtud y la caridad proclamadas por nuestro Redentor desde las cumbres del Tabor; fueron las divinas llamas que enaltecieron el corazón de los buenos.

Desde entónces cual benéfico rocío sobre el

abrasado campo, derramó la beneficencia en el hogar de la miseria el consuelo, y se enjugaron las lágrimas del sufrimiento.

Desde entónces renació la esperanza en las abatidas clases menesterosas como renace el lozano tallo al soplo suave de la primavera.

Ya no tenia el indigente el tétrico porvenir del desamparo.

Dios habia hablado por ellos, y el mundo no podia olvidarlos.

El evangelio nos revela en misteriosas palabras que «los pobres y los enfermos son los miembros de Jesucristo.»

II.

Hemos hablado de pobres y de indigentes, y en la diferencia que separa á los unos de los otros, se basa el orden que daremos á estas breves consideraciones.

Es pobre el que tiene estrictamente lo necesario y menos de lo preciso; pero que tiene algo.

Es indigente el que nada tiene, por hallarse inutilizado para el trabajo ó porque se lo rehúsan.

El pobre se encuentra en riesgo de llegar á la indigencia.

El pobre sufre privaciones.

El indigente está en peligro de perecer.

El pobre necesita que no se agrave su mal estar.

El indigente necesita pronto alivio.

Es decir, que el pobre tiene necesidad de un eficaz apoyo para no caer en los abismos de la desgracia, y el indigente el socorro de la beneficencia para no morir en la horrorosa agonía del hambre y de la desnudez.

Como los males sociales requieren una especial terapéutica, al pobre deben aplicarse medios higiénicos, en tanto que urge aplicar un régimen curativo al indigente. Así, no siendo nuestro ánimo hablar por hoy de la pobreza nos seguiremos ocupando por un momento mas de la indigencia.

III.

Los socorros y servicios dice un autor, que los antiguos griegos, galos y germanos, cualquiera que fuese la humildad de su fortuna, prestaban bajo el nombre de *hospitalidad* á los

viageros, en nada se parecían á los que hoy se prestan en los *hospicios y hospitales*, voces de la misma raíz ó del mismo origen.

En los primeros siglos de la Iglesia fundáronse ya algunos de estos últimos, y asevérase que estuvo en Mérida el primer hospital de España.

Los hospitales están destinados, como es sabido, para la asistencia de los enfermos pobres, para los incurables, para los inválidos ó inutilizados en el servicio de la patria.

Los hay también llamados casas de orates ó manicómos para la reclusión y curación de los dementes.

Las casas de espósitos ó inclusas, las casas de maternidad, las de asilo ú hospicios y otros establecimientos semejantes, tienen por objeto recibir á los recién nacidos abandonados por padres desnaturalizados, ó por seres que teniendo bastante valor para cometer el crimen, no tienen la suficiente energía ni amor filial para arrostrar sus consecuencias. También contienen á los huérfanos ó hijos de padres impedidos por su ancianidad ú otras causas, así como á los sordo-mudos y á los ciegos.

En estos establecimientos se dá enseñanza y ocupación productiva á los que pueden recibirla.

La sociedad madre y tutora de los coasociados, tiene el deber de cuidar á todos estos hijos de la desventura, y diariamente se introducen reformas útiles en este ramo de la administración pública á medida que la mano protectora del hombre es mas pródiga en derramar la caridad sobre sus humanitarias dependencias. Cumpliendo con este sagrado deber y con el anhelo de contribuir por nuestra parte al socorro de tan benéficos y necesarios asilos, sin dejar por eso desatendida á la indigencia vergonzante y virtuosa, fundóse este Semanario con el título de «LA CARIDAD:» con atractivos ajenos completamente á su título; pero indispensables para el fomento de su suscripción, cuyos productos líquidos como todos saben muy bien, se ceden íntegros á esas infelices y desgraciadas familias cuyos clamores son ahogados en la lóbreguez de sus apartados tugurios.

Concluiremos como se dijo en el primer artículo: un solo pensamiento de piedad, un grito de nuestra conciencia, esa voz que sale del alma y que parece decirnos obra bien y despre-

cia la maledicencia, es la que nos hizo vencer lo mil obstáculos que tuvimos antes de darse comienzo á esta publicación; el pensamiento podrá llegar ó no á realizarse; si no llega se habrá cumplido con intentarlo; si llega, se logrará la satisfacción de haberlo conseguido.

F. H. DE MENDOZA.

Málaga 9 de Octubre 1864.

FESTEJOS EN TORREMOLINOS,

x

FUNCION EN EL TEATRO.

Era un sábado (el último de Setiembre) acababa de comer y de vuelta á mi casa me habia arrellanado en un cómodo sillón, único mueble confortable que poseo, y bajo la influencia de esa especie de sopor que produce la digestión en un hombre que cuenta mis abrigos, me divertía en saborear una rica *brevé de cabañas* cuyo humo desapareciendo en caprichosas revueltas me traía recuerdos de mi juventud que pasaron para no volver probablemente.

Un dulce sueño empezaba á acariciar mis párpados, cuando un fuerte golpe á mi puerta me hizo levantar con sobresalto para abrir y..... ¡válgame Dios! ¿quién dirían ustedes que era?... D. Emeterio en cuerpo y alma, que habiendo leído en el *Correo de Andalucía* el programa de las funciones de Torremolinos se habia entusiasmado y quería disfrutar de ellas.

Yo le estreché la mano, le alabé el gusto y deseándole un buen viaje, me ofrecí, como estaba en el orden, á servirlo en todo lo que pudiera; pero nunca lo hubiera dicho; D. Emeterio venia decidido á llevarme con él y quise que nó, fué preciso resignarme á sufrir el tercer martirio.

—Agarre V. el sombrero y vámonos— me dijo.

—Pero D. Emeterio, no considera V. que á la hora que es han salido ya las diligencias y es muy probable que no hallemos ni aun calesa para el viaje.

—¡Cá! eso no importa; al contrario, me alegro; en la diligencia nos marearíamos y en la calesa nos moleríamos los huesos; lo mas derecho es irnos á caballo; vamos, pues, á buscar un par de jacos buenos y con poco que apretemos nos plantamos allí para la hora de empezar los fuegos.

—¿Y ha pensado V. en donde nos albergaremos?

—Toma... ¡qué tiene eso que pensar! en la fonda.

—Pues andando.

Me armé de una buena dósis de paciencia, y salimos en busca de cabalgaduras.

Al cabo de tres cuartos de hora D. Emeterio y yo montados en dos magníficos pencos trotábamos camino de Torremolinos.

Nuestro paso por el puente de Tetuan habia tenido lugar precisamente en los momentos en que por aquel sitio van desfilando para sus casas enjambres de niñas y mugeres de todas edades que salen de la *fue-a*; gente de humor y muchas de ellas decido-

ras de muy buena sombra que al vernos algo apurados en el manejo de nuestros cuadrúpedos nos despidieron con salvas de apodos á cual mas caústicos.

D. Emeterio, contra su costumbre, sea que le infundió miedo ver aquel pueblo de mugeres, sea que por aquella vez quiso respetar al bello sexo, el resultado fué que no respondió una palabra y pasamos el puente sin otro nuevo lance.

Serian las seis y media cuando, despues de haber sufrido mil percances y contratiempos, avistamos al deseado pueblo con mas alegria que Cristóbal Colon las tierras americanas.

El esperaba encontrar allí una gloria imperecedera, un nombre eterno, un millon de bellezas desconocidas y todo lo encontró.

Nosotros esperabamos hallar en Torremolinos un conjunto de gratas diversiones, una buena cama y una abundante cena — ¿lo encontramos? — Siga el curioso lector.

D. Emeterio y yo nos apeamos á la entrada del pueblo; dejamos los caballos al guia y nos internamos.

A tientas, casi, logramos, no entrar en la fonda sino meternos entre los fuegos artificiales que esperaban silenciosos la llegada de la banda de música para comenzar sus crujidos.

La fonda estaba llena.

D. Emeterio me miró y yo le miré.

Esta mirada encerraba un poema cuyo significado era — Nos tendremos que quedar al sereno.

Poco antes de las nueve un tambor que se dejó oír, vino á disipar la idea que muchos se habian formado de que la banda de música no venia.

Mi amigo sacó el *Correo* y leyó á la luz del farolillo de un puesto de avellanas algo de los festejos; luego me preguntó:

—¿Por qué no ha venido la banda de Arapiles?

—Lo ignoro, — le respondí — D. Emeterio guardó el diario murmurando.

Pasados los fuegos, que en honor á la verdad, fueron buenos, y tal vez lo mejor de los festejos, se preparó el baile en honor á la verdad, el salon era malo y tal vez lo peor de los festejos.

Salvo algunas lindas y amables señoritas que bailaron lo poco que se bailó, no hubo muchas que tomaron parte en la fiesta, y cuando las velas de los faroles nos dieron las buenas noches, fué preciso irse á acostar.

¡Acostarse! ¡dulce palabra para quien tiene cama! pero amarga para el que carece de ella; es el agua que nos llevan á los labios y nos la arrebatan al ir á probar; es la esperanza que se nos presenta mas halagadora que nunca, para sepultarnos de golpe en el desengaño.

Estas reflexiones son muy buenas pero yo las hubiera dado todas, y muchas mas, por un miserable jergon de paja, como Esaú vendió su derecho por un plato de lentejas. Esaú debia tener mas hambre que nosotros sueño; pero no sabemos que situacion era peor, si la nuestra ó la suya.

Hacia siete horas que la noche habia estendido sobre el pueblo su negro velo. Tendamos otro igual sobre aquella fatal noche.

No queremos acordarnos de lo que nos pasó.

El día comenzaba y D. Emeterio pálido como un pollo romántico, y yo amarillo como un canario, nos paseabamos por la memorable calle de Torremolinos.

La corrida de novillos debia tener lugar aquella

tarde y mi compañero de viaje no queria perderla.

Mil veces he renegado de mi cortedad y cada vez voy siendo mas tímido.

De aquí deducirán mis lectores que accedí á quedarme.

Llegó la hora en que los cornudos animalitos salieron de su escondite, y la tristeza de D. Emeterio desapareció como por encanto. Era hombre apasionado á esa clase de espectáculos y en mas de una ocasion habia toreado en las plazas como aficionado. Con tan buenas disposiciones no quiso dejar de lucirse; y cate V. aquí á D. Emeterio chuleando los *bueyes* en medio de la calle mezclado con los demás aficionados; corriendo cuando corrian, retirándose cuando se retiraban.... y á mí colgando de una ventana gritándole inútilmente para que se retirase, viéndole á cada momento en las astas de aquellas acosadas reses.

Acabada la corrida montamos en nuestros pencos, y con los huesos molidos y magulladas las carnes entramos en Málaga en medio del olor de la pólvora quemada poco antes en la celebre toma de Tetuan efectuada en la plaza de toros.

—¿Qué le han parecido á V. los festejos? — me preguntó D. Emeterio.

—Muy buenos amigo mio y sobre todo muy útiles para la salvacion del alma.

—No comprendo.

—¿Ignora V. acaso, que los mártires se salvan?

II.

Era la noche de 1.º de octubre y quise ver la inauguracion del Principal. Tomé mi luneta y tuve buen cuidado de no comunicárselo á D. Emeterio para no tenerle á mi lado; pero la suerte que á veces se propone fastidiar al prójimo, hizo que si bien D. Emeterio no vino á mi lado tuvo el tino de colocarse á mi espalda.

—V. se venia solo — me dijo — pero yo figurándomelo quise darle una grata sorpresa, y preguntándole al que vende las lunetas cual era la que V. habia tomado, tuvo la finura de decírmelo y yo entonces tomé la de la espalda, pero oiga V. ¿ese cuadro que está entre los pliegues del telon, es un cuadro?

—No señor; está pintado en el mismo telon.

—Y me querrá V. explicar lo que significan esas figuras?

—Lo ignoro, D. Emeterio.

Entonces sin turbarse lo mas mínimo, dirigió la pregunta á un caballero que por casualidad se hallaba junto á él.

Al caballero le hizo gracia sin duda el ex-abrupto de mi amigo y le respondió afablemente:

—Mire V., aquel anciano de la izquierda, que tiene la cara de mal génio, es el *Tiempo* que para que no corra tanto lo han sentado ahí contra su voluntad; aquel es un ángel que al caer del cielo se estropeó algo un ala; aquel niño es un querub....

—Algo sucio tiene el muslo el querub.

—No señor, eso es la sombra; aquel animal es una esfinge.... si mal no distingo.

D. Emeterio hizo un jesto con el que daba á conocer no entender aquella palabra. — pero no

dió tiempo á que el caballero se la explicara, porque la sinfonia del *Relampago* empezó á colocar precipitadamente á los concurrentes cada uno en su sitio, como la llamada en la tropa hace reunir y formar á los soldados; el caballero, pues, tuvo que marchar á su puesto y la explicacion quedó cortada: el objeto de la conversacion habia desaparecido, presentándose un nuevo cuadro de escena americana, á juzgar por el rostro de los coristas. Breve como el título de la zarzuela, será nuestra revista.

La simpática *Enriqueta*, que apesar de mis años no me desagrada, estuvo muy bien en su papel, y aplausos merecidos alcanzó su hermana. El joven marino, algo tímido en el principio, al terminar la zarzuela dejaba gratos recuerdos en cambio de justos aplausos. En cuanto al primo de las niñas, es el mismo de otros años y conserva las simpatías del público. Hablar de los coros, de la decoracion, de la orquesta, etc. etc. seria estendernos demasiado.

Ha caido el telon por tercera vez; ha terminado la zarzuela, despidiéndonos como generalmente nos despide la banda de San Fernando en la alameda.

--Sabe V. --me dijo D. Emeterio al salir-- que observo en V. alguna frialdad para conmigo.

--Todo al contrario; es que hay dias en que uno está de *esplin*.

--Me parece que tambien hay noches, pero si el *esplin* no es conmigo me doy por satisfecho.

III.

He aquí las reflexiones que yo me hacia el dia de S. Francisco cuando la salva de la tarde se dejaba oír en toda la poblacion:

«D. Emeterio ha partido. Probablemente, estará ya á cinco leguas de aquí. El reposo ha venido á tranquilizarme el espíritu y ya puedo descansar en este viejo sillón sin temor de verme asaltado por ese hombre que á pesar de sus años no ha podido sentar la cabeza. La lluvia ha cesado y la noche estará buena. Iré al teatro y allí pasaré un rato á oír *desa* gradable segun que representen bien ó mal.»

Embebido estaba en estas reflexiones, cuando en la calle, el ruido, de una algazara infernal de muchachos, me hizo levantar involuntariamente del sillón. Las voces aumentaban y ya las oía por los corredores. La puerta de mi cuarto se abrió y ¡cual no sería mi sorpresa al ver á D. Emeterio con los ojos encendidos, todo lleno de fango y un temblor general que no le dejaba pronunciar palabra! Con mil esfuerzos logré arrojar á los muchachos y un poco mas tranquilo mi desgraciado compañero, empezó á referirme el lance de la *pesca de sanguijuelas* que si Dios quiere sabran mis lectoras el domingo que viene.

PEPE.

ENIGMA.

¿Quiénes son las personas mas viciosas de Málaga?

GEROGLÍFICO.

P P P P P

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. J. C. y B. = Málaga. = Hemos recibido su artículo y carta. Publicaremos el primero á la mayor brevedad y aceptamos con gusto los finos ofrecimientos de la segunda.

Sr. D. V. P. S. = Barcelona. = Su poesia será en breve insertada en nuestro *Semanario* y recibiremos con satisfaccion todo escrito suyo.

Un suscriptor. = Asi firmada hemos recibido una carta pidiendo la insercion de una poesia que acompaña, escrita, al parecer, por una señora. Necesitamos saber el nombre de esta ó del *suscriptor* para determinar.

Señorita F. = Descubierto el velo que ocultaba su nombre no tenemos el menor reparo en publicar su poesia. En cuanto al nombre que ruega ocultemos, puede confiar en que no saldrá de la direccion.

Sr. D. A. C. = Al leer el título de su novela no creimos que correspondiese á la obra, pues ofrece menos de lo que dá; pero es demasiado extensa para nuestro *Semanario* y además está ya publicada. Contamos sin embargo con algunas de sus inspiradas poesias.

Sr. D. A. de la Z y Z. = Lo picante sazona, pero lo muy picante estraga. LA CARIDAD es demasiado joven para estragarse. Puede enviar cuando guste por su produccion.

Sr. D. E. R. = Málaga. = Hemos recibido su produccion que aun no hemos tenido tiempo de examinar.

ERRATAS.

Página 34, columna 1.ª, línea 6.ª donde dice *perfumatoria*, léase *perfunctoria*.

Página 42, columna 1.ª al fin del 2.º párrafo, donde dice *pero* que investiga por do quier las leyes de la *humildad*, léase porque investiga por do quier las leyes de la *unidad*.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA. — Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, núm. 3.